

## S. AURELIO AGUSTÍN DE HIPONA, OBISPO, TRATADO CONTRA LOS JUDÍOS.

### CAPÍTULO PRIMERO.

1. Ejemplo de la severidad de Dios en la extirpación de los judíos; y de su bondad, en la inserción de los gentiles. La ceguera de los judíos debe ser refutada con las escrituras del Antiguo Testamento. El bienaventurado apóstol Pablo, doctor de los gentiles en fe y verdad, exhortándonos a que permanezcamos firmes y estables en la misma fe, de la cual se convirtió en ministro idóneo, nos advierte con un precepto y nos aterra con un ejemplo. "Mira," dice, "la bondad y la severidad de Dios: en los que cayeron, severidad; pero en ti, bondad, si permaneces en la bondad." Esto lo dijo ciertamente sobre los judíos, que como ramas de aquel olivo, que en los santos Patriarcas como en una raíz fructífera, fueron quebradas por la incredulidad; para que el acebuche de los gentiles fuera injertado por la fe, y se hiciera partícipe de la riqueza del olivo con las ramas naturales amputadas. Pero "no te gloríes," dice, "contra las ramas: porque si te glorías, no sostienes tú a la raíz, sino la raíz a ti." Y puesto que algunos de ellos se salvarán, inmediatamente añadió: "De lo contrario, tú también serás cortado. Pero ellos, si no permanecen en la incredulidad, serán injertados: porque poderoso es Dios para injertarlos de nuevo" (Rom. XI, 18-23). Pero aquellos que permanecen en la incredulidad, pertenecen a aquella sentencia del Señor, donde dice: "Los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el crujir de dientes." Las naciones que permanecen en la bondad, pertenecen a lo que dijo anteriormente: "Muchos vendrán del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos" (Mat. VIII, 12, 11). Así, mientras esos Patriarcas viven en la raíz, la soberbia infiel de las ramas naturales es justamente quebrada por la severidad de Dios, y la humildad fiel del acebuche es injertada por la gracia de la bondad divina.

2. Pero cuando estas cosas se dicen a los judíos, desprecian el Evangelio y al Apóstol, y no escuchan lo que decimos; porque no entienden lo que leen. Pues si entendieran de quién predijo el profeta, a quien leen, "Te he dado como luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta los confines de la tierra" (Is. XLIX, 6); no serían tan ciegos, no estarían tan enfermos, que en el Señor Cristo no reconocieran ni la luz ni la salvación. Asimismo, si entendieran, lo que cantan infructuosa e inútilmente, de quiénes se ha predicho, "Por toda la tierra salió su voz, y hasta los confines del mundo sus palabras" (Sal. XVIII, 5); despertarían al sonido de los Apóstoles, y sentirían que sus palabras son divinas. Por tanto, deben tomarse testimonios de las santas Escrituras, cuya autoridad es grande incluso entre ellos, para que, aunque no quieran ser sanados por la utilidad ofrecida, puedan ser convencidos por la verdad manifiesta.

### CAPÍTULO II.

3. Los libros del Antiguo Testamento nos pertenecen, y sus preceptos se cumplen mejor por nosotros. Pero primero debe refutarse su error, por el cual piensan que los libros del Antiguo Testamento no nos pertenecen, porque ya no guardamos los antiguos, sino los nuevos sacramentos. Pues nos dicen: ¿Qué hace entre vosotros la lectura de la Ley y los Profetas, cuyos preceptos no queréis guardar? ya que no circuncidamos la carne del prepucio masculino, y comemos carnes que la Ley declara impuras, ni observamos carnalmente los sábados, las neomenias y sus días festivos, ni sacrificamos a Dios con víctimas de ganado, ni celebramos la Pascua con cordero y ázimos de la misma manera: y si hay otros antiguos sacramentos que el Apóstol llama con un término general sombras de lo futuro (Col. II, 17), porque significaban cosas que en su tiempo debían ser reveladas, las cuales nosotros hemos recibido reveladas, para disfrutar de su luz desnuda, removida la sombra. De cada uno de

estos sería demasiado largo discutir cómo al despojarnos del hombre viejo somos circuncidados, no en el despojo del cuerpo de carne; y qué alimentos evitan en los animales, evitamos en las costumbres; y ofrecemos nuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, al cual también derramamos inteligentemente nuestras almas en deseos santos en lugar de sangre, y somos purificados de toda iniquidad por la sangre de Cristo como cordero inmaculado. Quien por la semejanza de la carne del pecado también se figura en el cabrito en los antiguos sacrificios: ni niega que es toro en los cuernos de la cruz, quien en él reconoce la máxima víctima. En él, cuando encontramos descanso, verdaderamente guardamos el sábado: y la observación de la luna nueva es la santificación de la vida nueva. Y nuestra Pascua es Cristo; y nuestro ázimo es la sinceridad de la verdad, sin el fermento de la antigüedad: y si hay otras cosas, en las cuales ahora no es necesario detenerse, que fueron prefiguradas en aquellos antiguos signos, tienen su fin en aquel cuyo reino no tendrá fin. Porque en él debía cumplirse todo, quien vino no a abolir la Ley y los Profetas, sino a cumplirlos (Mat. V, 17).

### CAPÍTULO III.

4. Cristo no abolió la Ley criticándola, sino que la cambió cumpliéndola. El cambio de los antiguos sacramentos predicho en los Salmos. Por tanto, no abolió aquellos antiguos signos de las cosas criticándolos, sino que los cambió cumpliéndolos: para que fueran otros los que anunciaran que Cristo ya había venido, que aquellos que preanunciaban que vendría. ¿Qué significa, pues, que algunos salmos, que ellos mismos leen y tienen en la autoridad de las Escrituras sagradas, estén así marcados en sus títulos, "Por las cosas que serán cambiadas"; y el texto de esos mismos salmos predica a Cristo: sino que su cambio por él estaba predicho, por quien aparece cumplido? para que el pueblo de Dios, que ahora es el pueblo cristiano, ya no esté obligado a observar lo que se observaba en tiempos proféticos: no porque hayan sido condenados, sino porque han sido cambiados; no para que las cosas mismas que se significaban perezcan, sino para que los signos de las cosas se adapten a sus tiempos respectivos.

### CAPÍTULO IV.

5. Cristo predicho en el Salmo cuarenta y cuatro. Por ejemplo, en el salmo cuarenta y cuatro (pues es el primero de aquellos que llevan tal título, "Por las cosas que serán cambiadas: donde también se lee, "Cántico por el amado") se muestra clarísimamente a Cristo: "Hermoso eres más que los hijos de los hombres." Quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Allí se le dice, "Ciñe tu espada sobre tu muslo": porque en la carne hablaría a los hombres. Pues por espada se significa la palabra, por muslo la carne: porque "se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo"; para que aquel que por la divinidad es "hermoso más que los hijos de los hombres," también se hiciera por la debilidad lo que otro profeta dice de él, "Lo vimos, y no tenía aspecto ni hermosura; sino que su rostro estaba desfigurado, y su posición era despreciable" (Is. LIII, 2). Pues en el mismo salmo, que no solo es hombre, sino también Dios, Cristo se muestra clarísimamente, cuando se añade: "Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre, cetro de equidad es el cetro de tu reino. Amaste la justicia y odiaste la iniquidad; por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros." Pues de la unción, que en griego se dice χρίσμα, se le llama Cristo: él es Dios ungido por Dios, quien también con los demás sacramentos cambió la unción carnal en espiritual. Allí se le dice de la Iglesia: "La reina está a tu derecha, vestida de oro, rodeada de variedad." Donde se significa la variedad de lenguas en todas las naciones: de las cuales, sin embargo, una y simple es la fe interior: "Toda la hermosura de la hija del rey es interior." A quien el Salmo se dirige diciendo, "Escucha, hija, y ve: escucha la promesa, ve lo cumplido.

Y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre." Así se cumplen las cosas nuevas, así se cambian las antiguas. Porque el rey deseó tu belleza. La belleza que él mismo hizo por sí, no la encontró en ti. ¿Cómo serías hermosa a sus ojos, cuando estabas manchada por tus pecados? Sin embargo, para que no pienses que debes poner tu esperanza en el hombre, sigue y dice, "Porque él es el Señor, tu Dios." No desprecies la forma de siervo, no te burles de la debilidad del poderoso y de la humildad del excelso, "él es tu Dios." En lo que parece pequeño, se oculta lo grande; en la sombra de la muerte, el sol de justicia; en la afrenta de la cruz, el Señor de gloria. Aunque los perseguidores lo maten, los infieles lo nieguen; "él es el Señor, tu Dios": por cuyo cuerpo se cambian las cosas que antes se figuraban por sombras.

## CAPÍTULO V.

6. El título del Salmo sesenta y ocho, que está escrito sobre la pasión de Cristo, también predice el cambio. El Salmo sesenta y ocho también tiene en su título: "Por las cosas que serán cambiadas." Y allí se canta la pasión de nuestro Señor Jesucristo, transfigurando en sí algunas voces de sus miembros, es decir, de sus fieles. Pues él no tuvo ningún delito, sino que llevó los nuestros: de donde dice, "Y mis delitos no están ocultos de ti." Allí está escrito y predicho lo que leemos en el Evangelio que sucedió (Mat. XXVII, 34, 48): "Me dieron hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre." Por él, pues, se cambiaron las cosas antiguas, que el título del Salmo había predicho que serían cambiadas. Lo cual, leyendo los judíos y no entendiendo, piensan que dicen algo cuando nos preguntan cómo aceptamos la autoridad de la Ley y los Profetas, si no observamos los sacramentos que allí se ordenan. No los observamos, porque han sido cambiados: pero han sido cambiados, porque fueron predichos para ser cambiados; y creemos en aquel cuya revelación los cambió. Por tanto, no observamos los sacramentos que allí se ordenan, porque entendemos lo que allí se predijo, y mantenemos lo que allí se prometió. Pero estos que nos objetan esto, aún son amargos por sus padres, que dieron hiel al Señor por comida, y aún son viejos por el vinagre que le ofrecieron para beber: y por eso no entienden, porque en ellos se cumple lo que sigue, "Sea su mesa delante de ellos por trampa, y por retribución y escándalo." Pues ellos mismos se han hecho amargos y ácidos, ministrando amargas y ácidas comidas al pan vivo. ¿Cómo verán estas cosas, de las cuales se predijo allí, "Sean cegados sus ojos, para que no vean"? y ¿cómo serán rectos, para que tengan el corazón elevado, de quienes se predijo, "Y encorva siempre su espalda"? Ni de todos se ha dicho esto: más bien de todos a quienes pertenecen las cosas predichas. Pues a aquellos que ya sea entonces de ellos creyeron en Cristo, o ahora hasta ahora creen, o en adelante hasta el fin del mundo creerán, estas cosas no pertenecen, al verdadero Israel, que verá al Señor cara a cara. Porque no todos los que son de Israel son Israel: ni todos los que son descendencia de Abraham son hijos; sino que en Isaac, dice, será llamada tu descendencia: esto es, no los hijos de la carne, estos son hijos de Dios, sino que los hijos de la promesa son contados como descendencia (Rom. IX, 6-8). Pero estos pertenecen a Sion espiritual y a las ciudades de Judá, es decir, a las Iglesias: de las cuales el Apóstol dice, "Pero era desconocido de rostro para las Iglesias de Judea, que están en Cristo" (Gál. I, 22). Porque, como se pone poco después en el mismo salmo, "Dios salvará a Sion, y se edificarán las ciudades de Judá. Y la habitarán, y la adquirirán por herencia. Y la descendencia de sus siervos la poseerán, y los que aman su nombre habitarán en ella." Pero cuando los judíos oyen esto, lo toman carnalmente, y piensan en la Jerusalén terrenal, que sirve con sus hijos: no en nuestra madre eterna en los cielos (Id. IV, 25, 26).

## CAPÍTULO VI.

7. El título del Salmo setenta y nueve también predice el cambio. Testimonios de la mutación a realizarse más claros contra los judíos. Asimismo, el Salmo setenta y nueve está marcado

con un título similar: "Por las cosas que serán cambiadas." En este salmo, entre otras cosas, está escrito, "Mira desde el cielo, y ve, y visita esta viña: y perfecciónala, la que plantó tu diestra; y sobre el Hijo del hombre, a quien confirmaste para ti." Pues es la viña de la que se dice: "Trasplantaste una viña de Egipto." No plantó Cristo otra; sino que a esta misma, viniendo, la cambió para mejor. Así también se lee en el Evangelio: "Destruirá a esos malvados, y arrendará su viña a otros labradores" (Mat. XXI, 41). No dijo, Arrancará, y plantará otra; sino, arrendará la misma a otros labradores. Pues es la misma sociedad de los santos, la ciudad de Dios y la congregación de los hijos de la promesa, que se completará con la sucesión y el fallecimiento de los mortales, y al final del mundo recibirá en todos la inmortalidad debida: que de otro modo en otro salmo se significa por el olivo fructífero, y dice, "Pero yo como un olivo fructífero en la casa de Dios, he confiado en la misericordia de Dios por siempre, y por los siglos de los siglos" (Sal. LI, 10). Ni porque fueron quebradas las ramas infieles y soberbias, y por tanto infructuosas, para que fuera injertado el acebuche de los gentiles, pudo perecer la raíz de los Patriarcas y Profetas. Porque aunque fuera, dice Isaías, "el número de los hijos de Israel como la arena del mar, las reliquias serán salvas" (Is. X, 22): pero por aquel de quien se dice, "y sobre el Hijo del hombre, a quien confirmaste para ti"; y de quien se repite, "Sea tu mano sobre el hombre de tu diestra, y sobre el Hijo del hombre, a quien confirmaste para ti. Y no nos apartaremos de ti." Por este hijo del hombre, es decir, Cristo Jesús, y de sus reliquias, esto es, los Apóstoles, y muchos otros, que de los israelitas creyeron en Cristo Dios, viniendo la plenitud de los gentiles, la viña santa se perfecciona: y en la remoción de los antiguos, y la institución de los nuevos sacramentos, se cumple el título de ese salmo, "Por las cosas que serán cambiadas."

8. Por tanto, con testimonios más claros se debe tratar con ellos, que ya sea que consientan o disientan, sin embargo, sientan. "He aquí vienen días, dice el Señor, y confirmaré sobre la casa de Jacob un nuevo testamento, no según el testamento que hice a sus padres, el día que tomé su mano, para sacarlos de la tierra de Egipto" (Jer. XXXI, 31, 32). Esta ciertamente predicha mutación, no se significa a los pocos entendidos por los títulos de los Salmos, sino que se expresa con el manifiesto pregón de la voz profética. Claramente se prometió un nuevo testamento, no según el testamento que se hizo al pueblo, cuando fue sacado de Egipto. Entonces, puesto que en aquel antiguo testamento están ordenadas estas cosas, que nosotros pertenecientes al nuevo no estamos obligados a observar, ¿por qué no reconocen los judíos que han permanecido en una vejez superflua, en lugar de objetarnos a nosotros, que mantenemos las nuevas promesas, que no observamos las antiguas? Porque, como está escrito en el Cantar de los Cantares, "Ha soplado el día, quítense las sombras" (Cant. II, 17); ya brille el significado espiritual, ya cese la celebración carnal. Dios de dioses, el Señor ha hablado, y ha llamado a la tierra desde el nacimiento del sol hasta su ocaso: ciertamente toda la tierra al nuevo testamento, a quien se dice en otro salmo, "Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor toda la tierra." No, pues, como antes habló desde el monte Sinaí a un solo pueblo, que llamó de Egipto Dios de dioses; sino que así habló, para llamar a la tierra desde el nacimiento del sol hasta su ocaso. Que si el judío quisiera entender esta locución, oiría esta vocación, y estaría entre aquellos a quienes en el mismo salmo se dice, "Oye, pueblo mío, y te hablaré, Israel, y testificaré contra ti: Dios, tu Dios soy yo. No te reprenderé por tus sacrificios; pero tus holocaustos están siempre delante de mí. No tomaré de tu casa becerros, ni machos cabríos de tus rebaños: porque mías son todas las bestias del bosque, el ganado en los montes y los bueyes; conozco todas las aves del cielo, y la belleza del campo está conmigo. Si tuviera hambre, no te lo diría: porque mío es el mundo y su plenitud. ¿Acaso comeré carne de toros, o beberé sangre de machos cabríos? Ofrece a Dios sacrificio de alabanza, y paga al Altísimo tus votos. E invócame en el día de la tribulación, y te libraré, y me glorificarás." Ciertamente aquí hay una clara mutación de los sacrificios antiguos. Pues

Dios predijo que no aceptaría aquellos, y ordenó a sus adoradores el sacrificio de alabanza: y esto no porque espere de nosotros la alabanza como necesitado, sino para que en ella nos consulte para la salvación. Pues concluyó el mismo salmo así: "El sacrificio de alabanza me glorificará; y allí está el camino, donde le mostraré la salvación de Dios" (Sal. XLIX). ¿Qué es, pues, la salvación de Dios, sino el Hijo de Dios, Salvador del mundo; el Hijo del día del Padre, esto es, luz de luz, cuya venida reveló el nuevo testamento? Por lo cual también donde se dice, "Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra. Cantad al Señor, bendecid su nombre"; inmediatamente se muestra el que ha de ser evangelizado, y se añade, "Anunciad de día en día su salvación" (Sal. XCV 1, 2). Él, por tanto, sacerdote y víctima, cumplió el sacrificio de alabanza, otorgando indulgencia de las malas obras, y concediendo la gracia de obrar bien. Pues a esto se inmola el sacrificio de alabanza al Señor por sus adoradores, "para que el que se gloria, se gloríe en el Señor" (I Cor. I, 31).

## CAPÍTULO VII.

9. Los judíos interpretan incorrectamente ciertas profecías a su favor. Las palabras de los profetas se aplican más a los judíos. Pero cuando los judíos escuchan esto, responden con altivez: Somos nosotros; esto se dijo de nosotros, para nosotros. Porque nosotros somos Israel, el pueblo de Dios: nos reconocemos en las palabras del que dice, Escucha, pueblo mío, y hablaré contigo, Israel, y testificaré contra ti. ¿Qué diremos a esto? Conocemos al Israel espiritual, del cual el Apóstol dice, Y a todos los que sigan esta regla, paz y misericordia sobre ellos, y sobre el Israel de Dios (Gálatas VI, 16): pero sabemos que este Israel es carnal, del cual el mismo dice, Mirad a Israel según la carne (I Cor. X, 18). Pero estos no lo entienden, y así se convencen a sí mismos de ser carnales. Me gustaría dirigirme a ellos como si estuvieran presentes: ¿Acaso pertenecen ustedes al pueblo que Dios de los dioses llamó desde el oriente hasta el occidente? ¿No fueron ustedes trasladados de Egipto a la tierra de Canaán? No llamados allí desde el oriente hasta el occidente, sino dispersados desde allí hacia el oriente y el occidente. ¿No pertenecen más bien a sus enemigos, que dice en el salmo, Mi Dios me ha mostrado en mis enemigos, no los mates, no sea que olviden tu ley: dispérsalos con tu poder (Salmo LVIII, 12)? De modo que, no olvidando la ley de Dios, sino llevándola como testimonio a los gentiles, para ustedes es una vergüenza, la ministran sin saberlo al pueblo que fue llamado desde el oriente hasta el occidente. ¿O acaso lo negarán? ¿Y no ven con mayor ceguera, o no confiesan con asombrosa impudencia, lo que fue predicho con tanta autoridad y cumplido con tanta manifestación? ¿Qué responderán entonces a lo que proclama el profeta Isaías: En los últimos tiempos será manifiesto el monte de la casa del Señor, preparado en la cima de los montes, y será exaltado sobre las colinas; y vendrán a él todas las naciones, y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará el camino de la salvación, y entraremos en él; porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor (Isaías II, 2 y 3)? ¿Dirán también aquí, Somos nosotros; porque escucharon casa de Jacob y Sion y Jerusalén? Como si negáramos que Cristo el Señor, según la carne, es del linaje de Jacob, quien fue significado con el nombre del monte preparado sobre la cima de los montes, cuya altura supera todas las alturas: o negáramos que los Apóstoles y aquellas Iglesias de Judea, que después de la resurrección de Cristo creyeron en él de inmediato, pertenecen a la casa de Jacob: o que deba entenderse espiritualmente otro Jacob que no sea el mismo pueblo cristiano; que aunque es menor en edad que el pueblo de los judíos, sin embargo lo supera creciendo, y se somete: para que se cumpla lo que fue predicho en figura de esos dos hermanos, Y el mayor servirá al menor (Génesis XXV, 23). Aunque Sion y Jerusalén se entiendan espiritualmente como la Iglesia, es un testimonio más adecuado contra ellos, porque desde ese lugar, donde crucificaron a Cristo, la ley y la palabra del Señor salieron hacia las naciones. La ley que les fue dada por Moisés,

de la cual se enorgullecen más, y de la cual son mejor convencidos, no se entiende que haya salido de Sion y Jerusalén, sino del monte Sinaí. A la tierra de la promesa, donde está Sion, que también se llama Jerusalén, llegaron después de cuarenta años con esa misma ley: pero no la recibieron allí ni de allí. Sin embargo, el Evangelio de Cristo, y la Ley de la fe, ciertamente salió de allí. Como también el mismo Señor, después de resucitar, hablando a sus discípulos, y mostrando que las palabras divinas predichas se habían cumplido en él: Porque así está escrito, dijo, y así era necesario que Cristo padeciera, y resucitara de los muertos al tercer día, y se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Lucas XXIV, 46, 47). He aquí lo que profetizó Isaías diciendo: Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor. Porque allí, viniendo desde lo alto según la promesa del Señor, el Espíritu Santo llenó a aquellos que entonces una casa contenía, y los hizo hablar en las lenguas de todas las naciones (Hechos II, 1-6): y de allí salieron a predicar el Evangelio al conocimiento de todas las naciones. Porque así como aquella Ley, que salió del monte Sinaí, fue escrita con el dedo de Dios, que significa el Espíritu Santo, en el quincuagésimo día después de celebrar la Pascua, así esta Ley, que salió de Sion y Jerusalén, no fue escrita en tablas de piedra, sino en las tablas del corazón de los santos evangelistas por el Espíritu Santo, en el quincuagésimo día después de la verdadera Pascua de la pasión y resurrección del Señor Cristo; en el cual día fue enviado el Espíritu Santo, que había sido prometido antes.

10. Vayan ahora, oh israelitas según la carne, no según el espíritu; vayan ahora, y aún contradigan la verdad más evidente: y cuando escuchen, Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob; digan, Somos nosotros; para que ciegos tropiecen en el monte, donde con el rostro golpeado pierdan peor la frente. Si realmente quieren decir, Somos nosotros; díganlo allí donde escuchen, Fue llevado a la muerte por las iniquidades de mi pueblo (Isaías LIII, 8). Porque fue dicho de Cristo, a quien ustedes en sus padres llevaron a la muerte; quien como oveja fue llevado al sacrificio, para que la Pascua, que celebran sin saberlo, sin saberlo cumplieran con su furia. Si realmente quieren decir, Somos nosotros; entonces díganlo cuando escuchen, Engruesa el corazón de este pueblo, y tapa sus oídos, y ciega sus ojos (Isaías VI, 10). Entonces digan, Somos nosotros; cuando escuchen, Todo el día extendí mis manos a un pueblo incrédulo y contradictor (Isaías LXV, 2). Entonces digan, Somos nosotros; cuando escuchen, Que sus ojos se oscurezcan para que no vean, y sus espaldas siempre encorvadas (Salmo LXVIII, 24). En estas y otras voces proféticas semejantes digan, Somos nosotros; donde sin ninguna duda son ustedes: pero son tan ciegos, que dicen ser donde no están, y no se reconocen donde están.

## CAPÍTULO VIII.

11. El rechazo de los judíos por Dios predicho por Isaías. Pero presten atención por un momento a estas cosas más evidentes que voy a decir. Ciertamente cuando escuchan en el buen Israel, dicen, Somos nosotros; y cuando escuchan en el buen Jacob, dicen, Somos nosotros. Y cuando se les pregunta la razón, responden, Porque Jacob es él mismo e Israel, del cual somos descendientes del patriarca, por lo que con razón nos consideramos bajo el nombre de nuestro padre. No los despertamos de un sueño profundo y pesado, a las cosas espirituales que no comprenden; ni ahora intentamos persuadirles cómo deben entenderse espiritualmente estos vocablos, a ustedes que son sordos y ciegos en el oído y la vista espiritual. Como ustedes admiten, y la lectura del libro del Génesis lo declara claramente, Jacob e Israel eran un solo hombre (Génesis XXXII, 28); y de lo que se glorían, esa es la casa de Jacob, que es la casa de Israel. ¿Qué es entonces, que el mismo profeta, después de haber predicho que el monte estaría preparado en la cima de los montes, al cual vendrían todas las naciones; porque no de Sinaí a una sola nación, sino de Sion y Jerusalén la ley y la palabra

del Señor saldrían para todas las naciones; lo que vemos cumplido manifiestamente en Cristo y los cristianos: poco después dice, Y ahora tú, casa de Jacob, ven, caminemos en la luz del Señor? Aquí ciertamente dirán, como suelen, Somos nosotros; pero presten atención por un momento a lo que sigue, para que cuando digan lo que quieren, también escuchen lo que no quieren. Porque el Profeta añade y dice, Porque ha abandonado a su pueblo, la casa de Israel (Isaías II, 5, 6). Aquí digan, Somos nosotros; aquí reconózcanse, y perdónenos por haber recordado esto. Porque si lo escuchan con agrado, se dice para su exhortación; si lo escuchan con indignación, se dice para su reproche. Sin embargo, debe decirse, ya sea que lo quieran o no. He aquí, no yo, sino el profeta que leen, por quien no pueden negar que Dios habló, a quien no pueden quitar de la autoridad de las Escrituras divinas, como el Señor le ordenó, exclama vehementemente, y como trompeta eleva su voz (Isaías LVIII, 1), y los reprende, diciendo: Y ahora tú, casa de Jacob, ven, caminemos en la luz del Señor. Mataron a Cristo en sus padres. Tanto tiempo no creyeron, y contradijeron: pero aún no han perecido, porque aún no han salido del cuerpo; y ahora tienen tiempo para arrepentirse, y ahora vengan. Desde hace tiempo debieron hacerlo, pero incluso ahora vengan: aún no han terminado los días, para quien aún no ha llegado el último día. O si ustedes, siguiendo al Profeta como casa de Jacob, ya creen caminar en la luz del Señor, muestren la casa de Israel que ha sido abandonada. Porque mostramos a ambos, tanto a los que de esa casa fueron llamados y separados, como a los que permaneciendo allí fueron abandonados. Porque llamó de allí no solo a los Apóstoles, sino también después de la resurrección de Cristo a un gran pueblo; de lo cual ya hemos hablado antes: pero abandonó a aquellos, a quienes también ustedes imitan al no creer; y a ustedes mismos, que al imitarlos permanecen en la misma perdición. O si ustedes son los que de allí fueron llamados, ¿dónde están los que fueron abandonados? No pueden decir que abandonó a alguna otra nación; cuando el Profeta clama: Porque ha abandonado a su pueblo, la casa de Israel. He aquí lo que son, no lo que presumen ser. Porque también abandonó la viña, de la cual esperaba que diera uvas, pero dio espinas; y mandó a sus nubes que no llovieran sobre ella. Pero también de allí llamó a aquellos a quienes dice: Juzguen entre mí y mi viña (Isaías V, 2-6). De quienes también el Señor dice: Si yo expulsé demonios por Beelzebú, ¿en qué los expulsan sus hijos? Por eso ellos serán sus jueces (Mateo XII, 27). A quienes prometiendo esto: Se sentarán, dice, sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mateo XIX, 28). Así que la casa de Jacob, que fue llamada a caminar en la luz del Señor, juzgará a la casa de Israel, es decir, a su pueblo que fue abandonado. Porque como dice el mismo profeta, La piedra que desecharon los constructores, ha venido a ser la cabeza del ángulo (Isaías XXVIII, 16, y Salmo CXVII, 22); a menos que de la circuncisión y el prepucio del pueblo como paredes que vienen de diferentes lugares, en el ángulo se unen como en un beso de paz. De donde dice el Apóstol: Porque él es nuestra paz, que de ambos hizo uno (Efesios II, 14). Los que de la casa de Jacob o Israel siguieron al que llama, son los que se adhieren a la piedra angular, y caminan en la luz del Señor: pero los que allí fueron abandonados, son los que construyen la ruina, y rechazan la piedra angular.

## CAPÍTULO IX.

12. El abandono de los judíos más claramente predicho por Malaquías. El sacrificio de los cristianos se ofrece en toda la tierra y en el cielo. Finalmente, si intentan torcer estas palabras proféticas según su corazón a otro sentido, oh judíos, resistiendo contra su salvación al Hijo de Dios; si estas palabras, digo, quieren entenderlas de tal manera que el mismo pueblo y casa de Jacob o Israel, sea llamado y abandonado; no en unos llamados, en otros abandonados, sino que todo el pueblo fue llamado para que caminara en la luz del Señor; porque por eso fue abandonado, porque no caminaba en la luz del Señor; o ciertamente así en unos llamados, en otros abandonados, sin que se haga ninguna separación de la mesa del Señor, perteneciente al

sacrificio de Cristo, bajo los mismos antiguos sacramentos estén ambos, tanto los que caminando en la luz del Señor guardaron sus preceptos, como los que rechazando la justicia merecieron ser abandonados por él: si quieren entender esto así, ¿qué dirán, y cómo entenderán a otro profeta que les corta completamente esta voz, clamando con tanta manifestación, No tengo complacencia en ustedes, dice el Señor omnipotente, y no aceptaré sacrificio de sus manos. Porque desde el oriente hasta el occidente mi nombre es grande entre las naciones; y en todo lugar se ofrece sacrificio a mi nombre, sacrificio puro: porque mi nombre es grande entre las naciones, dice el Señor omnipotente (Malaquías I, 10, 11). ¿Con qué voz reclaman contra tanta evidencia de los hechos? ¿Por qué se exaltan tan impudicamente, para que con una caída más grave perezcan más miserablemente? No tengo complacencia en ustedes, dice, no cualquiera, sino el Señor omnipotente. ¿Por qué se glorían tanto del linaje de Abraham, que dondequiera que escuchen Jacob o Israel, o casa de Jacob o casa de Israel, cuando se dice con alguna alabanza, insisten en que no pudo decirse sino de ustedes? cuando el Señor omnipotente dice, No tengo complacencia en ustedes, y no aceptaré sacrificio de sus manos. Ciertamente aquí no pueden negar, no solo que él no acepta sacrificio de sus manos, sino que ustedes tampoco se lo ofrecen con sus manos. Porque hay un solo lugar establecido por la ley del Señor, donde mandó que se ofrecieran sacrificios con sus manos, fuera del cual lugar lo prohibió completamente. Este lugar, por sus méritos, lo han perdido, y el sacrificio que solo allí se podía ofrecer, no se atreven a ofrecerlo en otros lugares. He aquí cumplido completamente lo que dice el Profeta, Y no aceptaré sacrificio de sus manos. Porque si en la Jerusalén terrenal permaneciera para ustedes el templo y el altar, podrían decir que esto se cumple en aquellos cuyos sacrificios de los inicuos entre ustedes el Señor no acepta; pero de otros de ustedes y entre ustedes acepta sacrificios, que guardan los preceptos de Dios. Esto no puede decirse, donde ninguno de ustedes puede, según la Ley que salió del monte Sinaí, ofrecer sacrificio con sus manos. Ni esto fue predicho e implementado de tal manera que la sentencia profética les permita responder, Porque no ofrecemos carne con las manos, sino que con el corazón y la boca ofrecemos alabanza, según aquello en el Salmo: Ofrece a Dios sacrificio de alabanza (Salmo XLIX, 14). También aquí les contradice, quien dice, No tengo complacencia en ustedes.

13. Luego, para que no piensen que, al no ofrecer ustedes, ni él aceptar de sus manos, no se ofrece sacrificio a Dios; del cual él no necesita, que no necesita de nuestros bienes: sin embargo, porque sin sacrificio no hay, lo cual no es útil para él, sino para nosotros, añade y dice, Porque desde el oriente hasta el occidente mi nombre es grande entre las naciones; y en todo lugar se ofrece sacrificio a mi nombre, sacrificio puro: porque mi nombre es grande entre las naciones, dice el Señor omnipotente. ¿Qué responden a esto? Abran los ojos finalmente, y vean, desde el oriente hasta el occidente, no en uno, como les fue establecido, sino en todo lugar se ofrece el sacrificio de los cristianos; no a cualquier dios, sino a aquel que predijo estas cosas, al Dios de Israel. De donde también en otro lugar dice a su Iglesia: Y el que te redimió, él mismo es el Dios de Israel, será llamado de toda la tierra (Isaías LIV, 5). Escudriñen las Escrituras, en las que piensan tener vida eterna (Juan V, 39). Y ciertamente la tendrían, si entendieran a Cristo en ellas, y lo mantuvieran. Pero escudriñenlas: ellas mismas dan testimonio de este sacrificio puro, que se ofrece al Dios de Israel; no de una sola nación de ustedes, de cuyas manos predijo que no aceptaría; sino de todas las naciones, que dicen, Venid, subamos al monte del Señor (Isaías II, 3). Ni en un solo lugar, como les fue mandado en la Jerusalén terrenal; sino en todo lugar, hasta en la misma Jerusalén. Ni según el orden de Aarón, sino según el orden de Melquisedec. Porque a Cristo se le dijo, y de Cristo se predijo mucho antes, Juró el Señor, y no se arrepentirá, Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Salmo CIX, 4). ¿Qué significa, Juró el Señor; sino, lo afirmó con verdad incommovible? y ¿qué significa, no se arrepentirá, sino, este sacerdocio no lo cambiará

por ninguna razón? Porque no como un hombre, se arrepiente Dios: pero se dice arrepentimiento de Dios, aunque instituido por él, el cambio de una cosa que se creía que iba a permanecer. Por lo tanto, cuando dice, No se arrepentirá, Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec; muestra suficientemente que se arrepintió, es decir, que quiso cambiar el sacerdocio que había establecido según el orden de Aarón: como vemos cumplido en ambos. Porque el sacerdocio de Aarón ya no existe en ningún templo, y el sacerdocio de Cristo permanece para siempre en el cielo.

14. A esta luz del Señor os llama el Profeta, cuando dice: Y ahora tú, casa de Jacob, venid, caminemos en la luz del Señor. Tú, casa de Jacob, a quien llamó y eligió; no tú, a quien desechó. Pues desechó a su pueblo, la casa de Israel. (Isaías II, 5, 6). Cualquiera que quiera venir de allí, pertenecerá a esta, a la que llamó; careceréis de aquella, a la que desechó. La luz del Señor, en la que caminan las naciones, es aquella de la que el mismo profeta dice: Te he dado como luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta los confines de la tierra (Id. XLIX, 6). ¿A quién se dijo esto, sino a Cristo? ¿De quién se cumplió esto, sino de Cristo? No está esta luz en vosotros, de quienes se dijo repetidamente: Dios les dio un espíritu de aturdimiento; ojos para que no vean; y oídos para que no oigan, hasta el día de hoy (Rom. XI, 8). No está, digo, en vosotros esta luz: por eso, con gran ceguera rechazáis la piedra que se ha convertido en la cabeza del ángulo. Por tanto, Acudid a él, y seréis iluminados (Sal. XXXIII, 6). ¿Qué significa, Acudid; sino, creed? ¿A dónde iréis, para acudir a él; cuando él es la piedra de la que el profeta Daniel dice, que al crecer se convirtió en un monte tan grande, que llenó toda la faz de la tierra (Dan. II, 35)? Así también las naciones que dicen, Venid, subamos al monte del Señor, no se esfuerzan por ir y llegar a ningún lugar de la tierra. Donde están, allí suben: porque en todo lugar se ofrece sacrificio según el orden de Melquisedec. Y como dice otro profeta, Dios extermina a todos los dioses de la tierra de las naciones, y cada uno le adora desde su lugar (Sofonías II, 11). Por tanto, cuando se os dice, Acudid a él: no se os dice, Preparad naves o bestias, y cargadlas con vuestras ofrendas, y desde tan lejos id al lugar donde Dios acepte los sacrificios de vuestra devoción; sino, Acudid a él que se predica en vuestros oídos, acudid a él que se glorifica ante vuestros ojos. No os cansaréis caminando: pues acudís allí donde creéis.

## CAPÍTULO X.

15. Con qué caridad deben ser invitados los judíos a la fe. Esto, carísimos, ya sea que los judíos lo escuchen con agrado o con indignación, nosotros, sin embargo, donde podamos, prediquemos con amor hacia ellos. No nos gloriemos con soberbia contra las ramas quebradas: sino más bien pensemos por quién gracia, y con cuánta misericordia, y en qué raíz hemos sido injertados; para que no seamos sabios en nuestra propia opinión, sino que consintamos con los humildes (Beda o Floro, sobre Rom. XI), no insultándolos con presunción, sino exultando con temblor digamos (Sal. II, 11), Venid, caminemos en la luz del Señor, porque grande es su nombre entre las naciones. Pues si escuchan y obedecen, estarán entre aquellos a quienes se les dijo: Acudid a él, y seréis iluminados (Rom. XI); y vuestros rostros no se avergonzarán. Pero si escuchan y no obedecen, ven y envidian, están entre aquellos de quienes se dijo: El pecador verá, y se enojará; rechinará sus dientes, y se consumirá (Sal. CXI, 10). Pero yo, dice la Iglesia a Cristo, como un olivo fructífero en la casa del Señor, he confiado en la misericordia de Dios por siempre, y por los siglos de los siglos (Sal. LI, 10).